

no alteran lo substancial del primer escrito, sino que antes corroboran su verdad, y que satisfacen à las dudas que pudieran ofrecerse, y que sin duda alguna excitaban la devocion de los Fieles à la veneracion del Santuario, en que se guarda una Santa Imagen tan digna de estimacion por su origen: me pareció conforme à razon, que se hiciese segunda impresion, para que el primer escrito saliese añadido y emendado, y menos sujeto à peregrinas impresiones, dándose à las penas contra el eficaz impulso de la emulacion, que les imponia silencio à los primeros: y aunque pudiera exornar mi escrito con autoridades de letras Divinas y profanas, tuve por indecoroso à la verdad el buscarle ornato de palabras con que vestirla, quando se tratá de hallarla desnuda: juzgando por superfluo el afectar gallardía y suavidad de estilo, porque el culto y hermosura de las razones es muy propio de aquellos, que no suelen

len coger de sus escritos otro fruto, que su dulzura; pues como dixo Platon: *Cum de re agitur, frustra eleganciam, aut ruditatem verborum attendimus.* Y à su semejanza Boécio: *In scriptis, in quibus rerum cognitio queritur, non luculenta orationis lepos, sed incorrupta veritas exprimenda est.*

TRADICION DEL MILAGRÓ.

Corriendo el año del Nacimiento de Christo Señor nuestro de 1531, y del dominio de los Españoles en esta Ciudad de Mexico, y su Provincia de la Nueva-España cumplidos diez años, y casi quatro meses extinguida la guerra, y habiendo comenzado à florecer en aqueste Reyno el Santo Evangelio, sabado muy de mañana, antes de esclarecer la Aurora, à nueve dias del mes de Diciembre, un Indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos à nuestra san-

santa Fé Católica, el qual en el santo Bautismo se llamó Juan, y por sobre nombre Diego, natural, segun fama, del Pueblo de Quatilan, distante quatro leguas de esta Ciudad ácia la parte del Norte de la Nacion Mexicana, y casado con una India, que se llamó Maria Lucia, de la misma calidad que su marido, venia del Pueblo en que residia (dicese haber sido el de *Tolpeltac*, en que era vecino) al Templo de Santiago el mayor, Patron de España, que es en barrio de *Tlatelolco*, Doctrina de los Religiosos del señor San Francisco, á oír la Misa de la Virgen Maria. Llegando, pues, al romper del Alva, al pie de un cerro pequeño, que se decia *Tepeyacac*, que significa *ex-tremidad*, ó *remate agudo de los cerros*, porque sobresale á los demás montes, que rodean el valle y laguna, en que yace la Ciudad de Mexico, y es el que mas se le acerca; y el dia de hoy se dice *de nra Señora de Guadalupe*, por lo que se

di-

dirá despues de esto: oyó el Indio en la cumbre del cerrillo, y en una coja de peñascos, que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que segun dixo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajafillos, que cantaban juntos con suavidad y harmonia; respondiendole á coros los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetia el cerro alto, que se soplina sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimacion se formaba el canto, vio en él una nube blanca, y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el Indio absorto, y como fuera de sí en un suave arrobamiento, sin temor ni turbacion alguna, sintiendo dentro de su corazon un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dixo en

tre

me sé: ¿Qué será esto que oyo y veo?
 ¿adónde he sido llevado? ¿en qué lu-
 gar me hallo del mundo? ¿Por ventura
 he sido trasladado al Paraíso de delei-
 tes, que llaman nuestros mayores ori-
 gen de nuestra carne, jardín de flores,
 o tierra celestial, oculta à los ojos de
 los hombres? “Estando en esta sus-
 pension y embelesamiento, y habiendo
 cesado el canto, oyó que lo llamaban
 por su nombre *Juan*, con una voz como
 de muger, dulce y delicada, que salia
 de los esplendores de aquella nube, y
 que le decian, que se acercase: subió à
 toda priesa la cuestecilla del collado, ha-
 biendose aproximado.

PRIMERA APARICION.

Vió en medio de aquella claridad
 una hermosísima Señora, muy se-
 mejante à la que hoy se vé en su bendita
 Imagen, conforme à las señas que dió el

Indio de palabra, antes que se hubiera
 copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo
 ropaje dixo, que brillaba tanto, que hi-
 riendo sus esplendores en los peñascos
 brutos, que se levantan sobre la cum-
 bre del cerrillo, le parecieron piedras
 preciosas labradas y transparentes, y
 las hojas de los espinos y nopales que
 allí nacen, pequeños y desmedrados
 por la sequedad del sitio, le parecie-
 ron manojos de finas esmeraldas; y
 sus brazos, troncos y espinas de oro
 bruñido y reluciente; y hasta el sue-
 lo de un cortollano, que hay en aque-
 lla cumbre, le pareció de jaspe matiza-
 do de colores diferentes. “Y hablan-
 dole aquella Señora con semblante apa-
 cible y halagueño en idioma Mexicano,
 le dixo: *Hijo mio, Juan Diego, à quien
 amo tiernamente como à pequeñito y deli-
 cado* (que todo esto suena la locucion
 del language Mexicano); *¿adónde vas?*
 Respondió el Indio: *Voy, noble dueño, y*